



Las tres revoluciones, Diego Rivera

Luego del movimiento de Independencia, de haber logrado la emancipación política, surgirá el interrogante sobre la existencia de una literatura mexicana entre escritores como Ignacio Manuel Altamirano, José María Vigil y José Zorrilla.

Carlos González Peña y José Emilio Pacheco consideran que la primera manifestación de una tendencia hacia la mexicanización de la literatura fue la Academia de Letrán. En 1834, Guillermo Prieto, Manuel Tonia Ferrer y José María y Juan Lacunza empiezan a reunirse en un salón del Colegio de Letrán para tratar temas literarios. Cuando, después de dos años de encuentros, deciden fundar la Academia de Letrán se incrementa considerablemente el número de participantes, entre ellos figuran Andrés Quintana Roo, Ignacio Rodríguez Galván, Eulalio Ortega, José Joaquín Pesado, Ignacio Ramírez y Fernando Calderón. La Academia, pues, significó un importante impulso a la creación literaria mexicana.

Sin embargo, Ignacio Manuel Altamirano considera que los miembros de la Academia de Letrán privilegian la literatura española y dejan de lado los temas patrióticos, el paisaje nacional y el elemento indígena. Desde su perspectiva: "España puede vanagloriarse de que todavía la generación poética de Letrán le pertenece de derecho".¹ Para Altamirano la Academia impidió darle un carácter nacional a la literatura. Este juicio se relaciona estrechamente

Apuntes sobre la configuración de la literatura nacional

"Es la ceniza de los muertos la que crea la patria"
Lamartine

Ysla Campbell*

con las diversas fases del Romanticismo que, si bien en Francia ya para 1830 tenía objetivos muy definidos y unitarios, en México aparecieron de forma más lenta. En una etapa inicial, los románticos mexicanos siguieron dentro de la tónica del siglo XVIII: temas sobrenaturales, melancolía, amor, y seguimiento de las reglas. Roger Picard caracteriza la poesía de esta época como "doliente".² De tal forma, debido a las relaciones del Romanticismo con España, Altamirano rechaza este periodo temprano.

No obstante, el pensamiento romántico evolucionó hasta llegar a consolidar la concepción de que la poesía debía cumplir una función social: orientar al pueblo con cantos a la patria, la glorificación a los héroes, la descripción del paisaje nacional. Las ideas románticas de libertad y nacionalismo se imponen.

De acuerdo con Altamirano, la función de la literatura es incidir en la creación de una memoria colectiva, de ahí que el fundamento de la escritura sea la épica: el enaltecimiento de los héroes, la evocación de sucesos históricos trascendentes para la historia del país. Para él, los orígenes de la epopeya nacional se dan en el Liceo Hidalgo, fundado en 1850. La conmemoración de la Independencia ese año es un evento que nos habla del interés de los miembros del Liceo en los temas patrióticos, pues los poemas y discursos fueron sobre Hidalgo, la Independencia y la literatura nacional.

Debido a la situación política y las guerras civiles, las reuniones del Liceo sufrirán interrupciones constantes y prolongadas: primero sigue con vaivenes hasta 1859, luego se retoma entre 1870 y 1872, y sólo se regulariza en 1874. Es en este momento cuando, entre otros autores, los viejos miembros de la Academia de Letrán figuran en el Liceo: Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y José María Vigil; además, Juan de Dios Peza, Vicente Riva Palacio y Francisco Pimentel.

Sin embargo, ante la propuesta de un rechazo a la influencia europea en la corrección lingüística, dentro del propio Liceo se generó una oposición entre Altamirano y Francisco Pimentel. La creación de la Academia Mexicana de la Lengua en 1875 obedeció al desorden lingüístico que se suscitó después de la Independencia. El objetivo primordial de la Academia era conciliar las posiciones de ruptura con España para crear una literatura nacional y el acatamiento de las reglas gramaticales.

En las tres etapas del Liceo se escribieron biografías, estudios críticos, lingüísticos, históricos y teatrales, se realizaron traducciones y homenajes a escritores desaparecidos. Un punto que se constituyó en una constante fue la conmemoración de los aniversarios de la Independencia.

El decaimiento del Liceo se fecha hacia 1889, sin embargo, los planteamientos teóricos condujeron al uso de un léxico lleno de términos locales y modismos, la descripción del paisaje, las costumbres del pueblo mexicano, los héroes nacionales, el retorno al pasado indígena.

A pesar de la creación de una literatura nacional con sus propios rasgos lingüísticos y temáticos, la relación con la tradición peninsular continuó. Hay que recordar que escritores españoles influyeron en las letras mexicanas: Zorrilla vivió en México durante once años y García Gutiérrez residió en Yucatán. Por otro lado, las obras de Espronceda o del duque de Rivas llegaban a México, además siguieron empleándose las formas métricas tradicionales, aunque se privilegiaran algunas. Asimismo, las concepciones de los románticos europeos fueron adoptadas por los mexicanos. Por ejemplo, Victor Hugo sostiene que el escritor no debe usar expresiones caducas, y considera que el Romanticismo, visto desde su lado militante, es el liberalismo en literatura.³

En este panorama, Guillermo Prieto es considerado el poeta mexicano por excelencia. Curiosamente, la crítica no ha tenido en consideración la búsqueda de la conformación de una literatura

nacional despegada de los cánones de la corrección lingüística y la tradición europea, y su creación se ha tachado de incorrecta por Vicente Riva Palacio,⁴ y “desaliñada” por el propio Altamirano.⁵ En este punto es preciso atender la opinión de Menéndez Pelayo sobre las obras de Prieto: “es imposible darse cuenta del nuevo rumbo que ha tomado la musa mexicana en los tiempos posteriores a la intervención y al imperio”.⁶

Prieto expresa su concepción literaria sobre métrica, vocabulario y estilo en unas *Palabras* introductorias a *El Romancero Nacional*:

Conservé hasta en sus ápices la verdad histórica; adopté el romance como el más popular y acomodaticio a todos los tonos; y en cuanto al lenguaje, desviándome de lo inconveniente y rastroso, preferí lo que mejor se entendiese, sacrificando la metáfora seductora, a la alegoría brillante y el apóstrofe conmovedor, al tono de plática y al relato sabroso, pero humilde, del calor del hogar.⁷

Es decir, hay una intención del poeta de llevar su creación al pueblo poniéndola a su alcance. En ese sentido, Prieto rechazó, en general, al Siglo de Oro, y en particular al culteranismo. En *Memorias de mis tiempos* expresa que aquellas fueron “fatales épocas”.⁸ Y esto, hay que aclarar, no significa que no apreciara las grandes obras de los siglos XVI y XVII, como lo señala en su obra *Viajes de orden suprema*. Su desdén responde a una necesidad contextual distinta.

Las circunstancias históricas que vivió el país durante el siglo XIX plantearon a los escritores la urgencia de reflexionar sobre su forma estética de sentirse frente a un México independiente de España que luego tuvo que navegar con la intervención estadounidense y la monarquía impuesta por los franceses. A lo largo del siglo se buscaron formas de expresión autóctona, valores y nexos de cohesión nacional que se plasman en una literatura mexicana.

*Docente-investigadora de la UACJ.

¹ “De la poesía épica y de la poesía lírica en 1870”, en *La literatura nacional* (ed. José Luis Martínez). Porrúa, México, 1949, t. I, p. 263.

² *El romanticismo social*. FCE, México, 2ª ed., 1987, p. 61.

³ *Vid., Prefacio a Hernani*. Nelson, París (s.f.), pp. 9-10.

⁴ *Los cerros*. Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882, p. 122.

⁵ Prólogo a Guillermo Prieto, *El romancero nacional*. Secretaría de Fomento, México, 1885, p. XXXVII.

⁶ *Historia de la poesía hispanoamericana*. Aldus, Santander, 1948, t. I, p. 152.

⁷ Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1885, p. 801.

⁸ 1º P., p. 131.

